

**VI CERTAMEN
LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA
VICENTE”
2010**



Nebrija
Fundación

Diálogo durante la cena

PRIMER PREMIO

María del Mar Boillos Pereira

Alumna del Máster en Lingüística Aplicada
a la Enseñanza del Español como Lengua
Extranjera

Universidad Nebrija

Muchacho

SEGUNDO PREMIO

José Pedro Flores Gil

Alumno de la Licenciatura en Ingeniería
Industrial

Universidad Nebrija

**Defensa de la atribución
del poema conocido como
“taquicardia” al ilustre
autor oscense Vicente**

Osorio Podadera

ACCÉSIT NEBRIJA

Antonio Ginés Blanco Carrillo

Alumno del Master en Lingüística Aplicada
a la Enseñanza del Español como Lengua
Extranjera

Universidad Nebrija

Luz verde

PREMIO DE MICRORRELATO

José María Aguado Cubero

Alumno de la Licenciatura en Derecho y
Relaciones Laborales

Universidad Rey Juan Carlos

Corteza cicatrizada

MENTIÓN ESPECIAL CENTRO DE
ESTUDIOS HISPÁNICOS

Diana Rosa Mesa

Alumna del Programa de Lengua y
Cultura Españolas del Centro de Estudios
Hispanicos

Universidad Nebrija

Universidad Antonio de Nebrija
© Universidad Antonio de Nebrija, 2010

Organizan:
Departamento de Lenguas Aplicadas
Servicio de Biblioteca
Servicio de Publicaciones
Centro de Estudios Hispánicos

Coordinador:
Rafael Jiménez Pascual

Ilustración:
Mara Gil Peñas

Maquetación:
Álvaro Fernández Blázquez

Servicio de Publicaciones
Universidad Antonio de Nebrija

ISBN 13: 978-84-88957-59-7
Depósito legal: M-3558-2011

Impresión: Trigraphis S.L.
Impreso en España - Printed in Spain



Año tras año vamos viendo cómo el Certamen Literario de Relato Breve Alonso Zamora Vicente se va abriendo camino, dentro de la comunidad universitaria, en el ámbito de la creatividad literaria. Prueba de ello es el incremento de la participación y la necesidad de ir sumando nuevas categorías y premios en cada edición.

En esta sexta convocatoria contamos con cinco relatos ganadores: *Diálogo durante la cena*, primer premio; *Muchacho*, segundo premio; *Defensa de la atribución del poema conocido como “taquicardia” al ilustre autor oscense Vicente Osorio Podadera*, Accésit Nebrija; *Luz verde*, premio de microrrelato y *Corteza cicatrizada*, Mención Especial Centro de Estudios Hispánicos (modalidad microrrelato). En cada uno de los relatos el autor ofrece una visión muy personal del tema elegido, temas tan sombríos como la soledad y la muerte, o tan fervientes como la defensa argumentada.

A lo largo de todas las ediciones de este certamen la Editorial de la Fundación Antonio de Nebrija ha publicado los relatos ganadores como un título más de la Colección Letras Nebrija, colección creada como muestra del compromiso de la Fundación Antonio de Nebrija con la lengua española. Para la Editorial es un orgullo colaborar en este proyecto cuyos protagonistas principales son los relatos ganadores que leemos con placer, imaginando y creando desde las primeras letras lo que será la ilustración de la portada. Maquetando con mimo cada página. Cuidando al máximo cada detalle.

Animo a los autores a continuar escribiendo y desarrollando su creatividad, a plasmar con imaginación sus ideas y pensamientos que nos ayudan a los lectores a descubrir trazos de nuestra identidad.

D^a Guadalupe Montalvo

Coordinadora de la Editorial y Publicaciones

VI CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”
2010

Diálogo durante la cena

PRIMER PREMIO

María del Mar Boillos Pereira

Alumna del Máster en Lingüística Aplicada a la Enseñanza del
Español como Lengua Extranjera
Universidad Nebrija

- Voy a estudiar en Madrid. Estoy en la Universidad Antonio de Nebrija.

- ¡Estupendo! Puedes quedarte en mi casa.

Día 1: Bienvenida, espero que te sientas como en casa, niña. [...] ¿Para qué has traído nada? [...] ¿Bombones? Pobrecita, si no me gustan. Déjalos en el armario.

Día 2: La ducha no funciona, no hay presión en el agua. Verás, es que como cuidaba a mis padres no quería meterme en obra, quizás en verano, cuando deje de hacer frío. Si te levantas más pronto... ¡asunto arreglado! Por cierto, tienes un autobús que te deja en la puerta, míralo, no sé bien cuál es. ¿27 ó 127? Espera, igual es el 87. No me acuerdo. Luego preguntaré a Juli.

Día 3: Pobre señor Antonio, toda una vida por delante. Aún no entiendo cómo se lo llevó con él. [...] 93 años. Sí, 93 años. Fíjate, una desgracia.

Día 4: ¿Otra vez hablando con tu novio? Estas parejas de ahora, todo el día al teléfono. [...] Por cierto, acuérdate de apagar las estufas, niña. [...] Si no está alto el volumen, será que oyes demasiado bien.

Día 5: No sé por qué a la gente no le gusta vivir sola. ¡Con lo bien que se está! Yo no paro. Fíjate qué de cosas hago: leo, coso, voy de paseo,...

Día 6: ¿Estás cansada? Yo he tenido un día malísimo. He hablado de mi padre... y otra vez a llorar. Pobre señor Antonio... Cada vez que me acuerdo de él. Y lo bien que estaba,... Aún recuerdo su cara mirándome. ¡Quién iba a decir que se iba a morir! Con lo bien que estaba...

Día 7: Mi amiga Juli es un cielo. Me llama todas las noches. ¡Qué haría yo sin ella! Siempre voy a los viajes con ella y su marido. He sido como una madre para sus hijos. Era la madrina, ¿sabes? Pero ya son mayores.

Día 8: Baja a tirar la basura, niña. Tiro la basura una vez a la semana porque total, como vivo sola, para qué voy a dar paseos todos los días. Por cierto, hoy no has desayunado. No has cogido las galletas. Están en la cocina, en el armario de la derecha.

Día 9: ¡Vaya! ¡Menuda cara traes hoy! Come más anda, come. Pues a la hermana de mi amiga Juli le han encontrado un quiste. Pobre mujer, menudos disgustos. Y se ha muerto su vecino. El de Juli digo. 50 años, un cáncer. La verdad es que era muy malo. Como el padre de aquel bebé que se me murió en incubadoras. ¡Qué malo era! El niño se murió, ¿sabes? [...] ¿Pena? Uis, si tenía una cabecita así. Pena dice. Pero si no hacía nada.

Día 10: ¡Qué de horas pasas fuera de casa! Con toda la comida que he comprado y se ha puesto toda mala... Mañana iré al hospital con una tía. Está muy mayor. La pobre tiene algo en el colon y tiene que recoger los resultados. No sé quién se hará cargo de ella.

Día 11: Uis, ni que fuese a verte desnuda. Si yo no miro. Sigue, sigue cambiándote. Sólo vengo a coger unas cosas del armario. Luego acuérdate de apagar las estufas, niña. [...] Pero si no está alta. Si he bajado el volumen.

Día 12: Hoy he ido de paseo. Pero he vuelto. Hacía mucho frío. [...] Sí, ya he visto lo de la tele. ¿70.000 muertos, verdad? Pero no hace falta irse tan lejos para oír desgracias. A mí tía le han diagnosticado colon irritable. Se lo han dicho hoy. Menuda noticia. [...] Pues hará...no recuerdo bien,... creo que tendrá 87 años.

Día 13: Ya, ya sé que no funciona la luz de la cocina. Se lo he dicho al portero, que venga a arreglármela. Al parecer es algo del cebador, pero yo de eso no entiendo. Si no ves, da la luz de la entrada. ¡Qué guerra me da siempre esa dichosa lámpara! El caso es que tendría que arreglar toda la casa. No lo hice por mis padres, ¿sabes? Estaban mayores y no era cuestión de tener todo patas arriba. A ver si lo hago en verano, cuando haga buen tiempo. [...] Yo también voy a dormir, no te preocupes, ahora apago la tele.

Día 14: ¡Olor? Yo no noto nada. ¡Qué cosas tienes! Pero si acabo de dar al portero la basura. He tirado muchísima comida que tenía moho. Claro, como no me comes nada. Y la fruta,... ¡qué vergüenza! Compré cuando viniste unas peras ¡y todas para tirar! La fruta de hoy en día es una vergüenza...

Día 15: Conocí a Juli en mi pueblo. Allí, en Cuenca. Desde pequeñitas, oye. Me quiere mucho. Una vez lo pasó muy mal. Dinero y esas cosas. Pero para eso estamos las amigas, ¿no? Me llama todas las noches. Es como una madre para mí. Mira, ¡justo me llama! [...] No bajes el volumen, niña, que si no no oigo bien.

Día 16: ¿Te has duchado con agua fría? Pobrecita. Oye, niña, y ¿por qué no has esperado a que se calentara? [...] Si es que tengo que hacer obra. [...] Tres años hará que no funciona. Pero imagínate que intento arreglar las tuberías y se explotan. No, no, mejor esperar. Ahora que ya no están mis padres tengo más tiempo.

Día 17: Pues no sé por qué no coges el autobús. Si te deja en la puerta. Yo hoy he ido de paseo, hace un día estupendo. Te he dejado la ropa en el otro armario, para que esté más colocado. ¡Ah! ¡Escucha, niña! Que te he tirado unos papeles del cuarto. Si los necesitas, están en el cubo, pero no parecían importantes. [...] Pues no sé por qué dices lo del volumen. Si está bajísimo.

Día 19: Y, ¿qué tal ayer con los amigos? ¿Por dónde anduviste? Podrías haber vuelto en autobús. El 55 te deja en la puerta. Yo estuve en casa de Juli. Por cierto, me he dado cuenta de que no he abierto aún los bombones. Te los he dejado en tu cuarto, come alguno que si no habrá que tirarlos.

Día 20: Sí, ahora bajo el volumen, no te preocupes. La próxima vez que no puedas dormir, dímelo. Tengo unas pastillas para el sueño. Las tomaba el señor Antonio, una maravilla. Orfidal se llaman. Te las tomas y te quedas como si nada. Yo tomo una todas las noches. Es que cada vez duermo menos, desde que estoy jubilada... Pero yo no oía nada de ruido. Igual era cosa tuya.

Día 21: Pues trabajé en el hospital 35 años. He visto de todo. [...] Sí, siempre en incubadoras. [...] No, no es difícil. Te acostumbras a ver morir a los bebés. Además, muchos es mejor que se mueran. Total, sino van a tener problemas. Imagínate que se quedan tontos... Pero come niña, que no comes nada.

Día 22: ¿Has hecho ya la maleta? [...] No, no hace falta que llames. Estaré con Juli de paseo. Y luego pues vendré a casa, leeré, o veré la tele... Siempre tengo algo que hacer. Yo nunca me siento sola, ¿sabes?

Día 23: ¡Buen viaje! Adiós, niña, adiós.

VI CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”
2010

Muchacho

SEGUNDO PREMIO

José Pedro Flores Gil

Alumno de la Licenciatura en Ingeniería Industrial
Universidad Nebrija

Me separé de todos con la mirada perdida y un gesto de resignación en la frente.

La noche era tórrida y asfixiante, pero luminosa de estrellas y luna. Se veía bien sin las farolas y entre las sombras de la oscuridad se vislumbraban certezas espirituales de vida más allá de la muerte. Al menos eso pensé en aquel momento porque la noche mostraba a las claras, como tantas otras veces, que no es todo oscuridad en ella; siempre hay luz; siempre cabe una esperanza.

De inmediato me afligí de nuevo y el resplandor de la fe, que tenía hacía apenas un instante, se apagó cual vela soplada por el viento. Regresé a la aflicción y al pesimismo. Hice un esfuerzo. Recapacité y me dije a mí mismo que debería sobreponerme.

No podía ser yo el débil en este preciso momento. No era yo el que más motivos tenía para el sufrimiento. Pensé en él y me dije que, a buen seguro, esperaba de mí fortaleza. Así lo quería ciertamente.

Sonaban los grillos en coro nocturno incesante. Estos bichos no paran en toda la noche -me dije-.

Tampoco me importaba. En realidad me daban igual y de súbito recordé que él me había enseñado a cazarlos para después hacerlos prisioneros en una jaula de color chillón y cual siervo feudal, alimentarlo con verde lechuga.

- Mira hijo, primero tienes que descubrir la madriguera que es donde siempre están escondidos y es, podíamos decir, su casa. Has de acercarte despacio, haciendo paradas, acompasadas con los ceses de su canto. El grillo se callará al sentir tu acecho y tu habrás de contener, inmóvil, la respiración. No te será difícil localizar su escondite una vez que haya cogido confianza. Después tendrás que meter una pajita por el agujero y si no tiene muchos recovecos la guarida, saldrá a la superficie rápido y veloz en su huida desesperada.

Recuerdo sus explicaciones siempre serenas y tranquilas que desmenuzaban con ilusión cualquier asunto.

¿Habría sido él siempre así y con todo el mundo? Me pregunté indeciso. Elucubré un instante y me senté en un jardincito desangelado pero a la par, de gusto estético aceptable y digno. Llegué a la conclusión de que siempre había sido así y no sólo conmigo.

Reflexioné sobre la objetividad de mi conclusión y determiné que, aunque la pasión me cegara, yo pensaba y debía creer que así era siempre y en todo momento.

Comencé a recordarlo en el bar, en el trabajo, en casa, en las alegrías, en las tristezas y en todo sitio y lugar. Me reafirmé una vez más en que era así y así fue siempre.

No sé por qué me vino a la cabeza su muletilla afable. La palabra que le salía a cada instante para afianzar sus criterios con naturalidad cierta. ¡Muchacho! Lo decía con sencillez ora de forma admirativa, ora aseverativa.

Mis pensamientos fluían en un estado de agitación suma. Iban de acá para allá. Sin control. Sin medida. Escalaban por momentos las más altas cotas del futuro sin él y al instante, se hundían sin remisión en recuerdos pasados, casi siempre, de alegrías vividas.

Sin saber por qué recordé a Jorge Manrique. Nunca he sido de letras, poesías y zarandajas y de hecho me resultan borrascosas y aburridas muchas obras literarias. En esta ocasión me llegaron, como un rayo aquellos versos que dicen:

“Aunque la vida perdió
nos dejó gran consuelo su memoria”

Tan sólo eso me queda esta noche: su memoria.

Me envolvió una corriente sentimental y filosófica. La vida y la muerte. La corta frontera que las separa. Su inopinada llegada. Su imperceptible línea de separación.

- ¡Qué palo, muchacho! Me dije a mí mismo mientras esbozaba una sonrisa por robarle y hacer más mías sus propias palabras.

Sentí una mano en la espalda y una voz que me preguntó:

- ¿Qué tal?

Miré con parsimonia, tristeza e incomodidad por haberme alejado de mis pensamientos más íntimos con él.

- Bien. Contesté un poco desganado.

- ¿En qué piensas?

- En él, claro.

- Ya, pero has de sobreponerte.

- Ya, ya.

Y a partir de ahí la conversación convencional transcurrió por derroteros amables pero intrascendentes.

Pensé, mientras hablaba, que tal vez tendría que resignarme hoy por hoy a no tener más momentos de intimidad entre mi ser interior y mis profundos pensamientos. Era, por cierto, mi deseo, pero me resigné.

Me encontraba enfrascado en esos pensamientos, contestando maquinalmente a mi interlocutor cuando alguien, providencialmente, requirió su presencia. Respiré complacido y retorné al jardín, al banco y a mis pensamientos.

El tiempo pasaba lento, como si le costara andar por el sofocante calor que la noche deparaba.

No sé si fueron los grillos negros que aún cantaban o la noche negra o, tal vez, la pena negra que me acongojaba. Pero lo cierto es que recordé los toros. Esos animales generalmente negros que tanto quería y tantísimo admiraba.

Un día le preguntaron que por qué no había sido torero y él contestó tan campante y chulo que tipo y arte no le faltaban, pero que también tenía exceso de otra cosa; de miedo. Estas bromas y chanzas lo hacían más humano, más cercano, más mortal. Eso pensé: más mortal...

La muerte le había llegado de improviso sin esperarlo él, ni esperarlo yo, y sin suponerlo nadie.

Busqué en mis recuerdos momentos dichosos. Me propuse seguir alegre con él y nada mejor que continuar con la fiesta nacional.

Un día en el bar o mejor dicho, muchos días en el bar, ante un vino de 50 céntimos. En su salsa contó, como tantas veces había contado, aquella aventura de dos torerillos. Maletillas lo llamaba él.

Juan Orive: arte y valor y Contreritas: deslumbrante novillero. Un día se cansaron de buscar la gloria entre las talanqueras. Se hastiaron de trajinar con los trastos y el hatillo. Se rindieron de luchar contra las hirientes astas de los morlacos de ferias pueblerinas. Olvidaron presuntas verónicas eternas. Desistieron de naturales largos bajos e interminables y... convinieron

perpetrar un atraco. Se armaron de pistolas y medias. Camuflados, buscaron un banco idóneo.

Los dos toricantanos en estas lides realizaron su paseillo triunfal en las dependencias del banco elegido. Entraron decididos como diciendo aquello de “al toro que es una mona”.

Un empleado al ver y oír los prolegómenos se desmayó. Contreritas pensó que iba a pulsar la alarma y encañonó de forma convincente al pobre y desvalido empleado.

Juan Orive sabía que las armas las carga el diablo. Pensó en segundos que lo suyo era matar toros y no personas y gritó instintivo, pero con un sentimiento entrañable y humano: “¡No jodas Contreritas, no lo mates!”

A las dos horas estaban detenidos y, al instante, en el bar las risas eran una explosión de chanza y chufía.

Yo también me reí solo. Miré a mi alrededor porque no era el momento idóneo para reírse. Pero lo cierto es que esa risa me reconfortaba y me acercaba aún más a él.

No hay fiesta sin cante y baile. Por eso recordé cuando algún cliente, con el fervor de Baco metido en las entrañas, se arrancaba por soleares o seguidillas.

Las miradas se vidriaban ilusionadas y expectantes, sobrecogidas por el arte que salía de las rotas gargantas.

Otro recitaba a Lorca sin saber que yo, apenas un chaval, me había tenido que estudiar y comentar aquello que hoy era festivo y lúdico e intrascendente.

“Y yo me la llevé al río
Creyendo que era mozuela
Pero tenía marido”

Nunca antes había oído de forma tan profunda y de modo más sentido aquel poema de amor, erotismo y pasión.

Intentaba en mi juvenil proceder averiguar la rima, el número de sílabas y la métrica. Mis visiones del poema, un tanto académicas y ridículas, por cierto, contrastaban con la atención que los adultos allí presentes observaban. Ahora. Esta noche los comprendía y me sentía inocente y simple por haber pensado lo que entonces pensé. Me consolé con la idea de que un hombre se hace habiendo pensado muchas tonterías antes de tener la coherencia y la cordura de la madurez.

Él también se soltó y recuerdo que eligió un poema bello y clásico. Una copla larga de no sé qué autor. Su fuerte no era el cante y opto por la declamación:

“Me lo dijeron ayer
las lenguas de doble filo;
que te casaste hace un mes
y me quedé tan tranquilo.
Otro en mi lugar, si hubiera echao a llorar
pero yo; cruzándome de brazos,
dije que me daba igual....”

El amor no correspondido contrastaba con la atención silenciosa que se le prestaba con fruición.

- ¿Te gusta, chaval? Me preguntó alguien, mientras sorbía el culo de un chato de vino

- Sí. Le dije entre admirado y sorprendido.

Pensé por un momento en exponerle mis conocimientos literarios y de figuras retóricas, pero me contuve. Comprendí desde mi inmadurez más absoluta y en mi ya incipiente madurez que debía callarme y dejar las cosas como estaban. Sin embargo, mi interlocutor adivino mis pensamientos y supo que tenía necesidad de contar aquello que sabía y que tanto había costado meterme en la cabeza.

- ¿Qué estudias?

- Bachillerato.

- ¿Y después que vas a hacer?

- Ingeniería Industrial.

- ¿Y eso donde lo vas a hacer?

- En la Universidad Antonio de Nebrija.

- Y esa, ¿dónde está?

Entonces intervino él rápido y veloz.

- En Madrid, coño. Menuda universidad es, ¡muchacho! He estado yo allí y es impresionante.

Mientras tanto otro de los presentes se arrancaba y a la par, los brindis se sucedían con alegría sana, deslumbrante y tierna.

La noche continuaba su pastoso y lento caminar. El calor de un agosto pos canicular en la Extremadura seca se hacía por momentos insoportable.

Me requirieron de nuevo. Mi padre me pidió una botella de agua. Mis pensamientos volvieron a la realidad.

Por un instante creí reírme de nuevo yo solo e hice esfuerzos sublimes para poner cara de circunstancias. Me di cuenta de que los recuerdos te pueden hacer feliz hasta en los momentos más tristes.

Fui a por el agua mientras los grillos difuminaban su canto. Tan solo se oían ahora, las pisadas secas y chirriantes en el marmóreo suelo de aquel lugar.

- ¿Qué tal, hijo?
- Bien papá.
- Deberías tomar algo, que llevas muchas horas sin comer.
- No tengo hambre.
- Como quieras, pero ten cuidado y cuídate.
- Vale.

Busqué de nuevo mi soledad. Pretendía enfrascarme en mis recuerdos. Tenía ansia y necesidad de hacerlo. Me sentía como con él. Nunca antes me ha molestado tanto la gente a mí alrededor como aquella noche.

¡Qué gran hombre se me había ido hacía apenas unas horas!

Sereno y tranquilo. Amigo de sus amigos. Afable conversador. Irónico, paradójico, dicharachero. Bueno en fin. Bueno siempre. Bueno perpetuo.

Miré mis manos y recordé las suyas: fuertes, grandes y aguerridas. Con ellas había matado lobos y perdices y había acariciado hijos y nietos. ¡Qué contraste! Una rudeza de terciopelo. Manos duras y a la par suaves. Forjadas en el duro trabajo del campo han secado infinitas veces el sudor de su sacrificio eterno.

Las manos que tantas veces llevaron a las mías me condujeron con el pensamiento a acariciar de nuevo; ovejas y cochinitos; gallinas y abubillas; corderillos y lagartos.

Veía la naturaleza con un amor plácido y exigente. Se enfadaba con ella cuando la lluvia escaseaba y le echaba piropos cuando se convertía en vergel. Si algo malo le daba lo despreciaba con desdén y si algo bueno recibía de ella, lo admiraba y difundía con pasión inusitada.

- ¿Me vendes unos kilos de patatas de esas del huerto que tienes?
- ¿Cuántos kilos quieres?
- Bueno, no sé, quince o veinte.

- ¡Anda ya! Ahora voy a partir yo una patata para venderte esos kilos.

El interlocutor se reía y compartía la broma.

Desdeñaba el ecologismo panfletario con las razones de su experiencia agrícola y ganadera. Sus argumentos sólidos y reales, destrozaban las docenas peroratas de aquellos que todo lo basaban en argucias aprendidas en libros insulsos y propagandísticos.

Su sudor olía a campo. Lo recordé en ese instante porque me llegó a la nariz como tantas veces lo sentí cuando estaba conmigo.

Amanecía. El sol salía, como sin ganas, venciendo a la lenta noche.

Amanecía sin él. Mi primer amanecer sin él.

Me consolé por un instante. Recordé todo lo meditado durante la noche. Me sentí bien. Reconfortado. Alegre de haber estado todo el tiempo con él sin su presencia. Volví a recordar a Manrique. Miré a mi familia. Los vi resignados. Reparé en mi abuela y la vi triste. Muy triste pero serena, incomprensiblemente serena. La miré largo rato y traje a mi memoria sus consejos y sus constantes rezos. Concluí que su fe era pétrea. Me dije que bien eso u otra cosa le tenían que dar las fuerzas que ahora tenía.

La seguía mirando y cruzó su mirada con la mía y me sonrió o, tal vez, le había sonreído a él. No sé. Al menos, creo firmemente, que fue una sonrisa igual a las que yo había tenido durante la noche.

Yo también le sonreí y me acerqué a ella. Le di un beso y me dijo:

- No estamos solos, hijo.

- Es verdad, abuela. No estamos solos.

Es cierto. Mi abuelo aún nos acompaña y nos ayuda y nos aconseja. Y casi siempre oímos la apostilla:

¡Muchacho! No sabes tú bien cómo es eso, que te lo digo yo.

VI CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”
2010

Defensa de la atribución del poema
conocido como “taquicardia”
al ilustre autor oscense Vicente
Osorio Podadera

ACCÉSIT NEBRIJA

Antonio Ginés Blanco Carrillo

Alumno del Master en Lingüística Aplicada a la Enseñanza del
Español como Lengua Extranjera
Universidad Nebrija

Vicente Osorio, nacido en Sabiánigo, Huesca, en 1956 y desaparecido en cierta aldea de Manchuria en 1987, dedicó todos los esfuerzos de su corta vida a profundizar en el sentido del misticismo en cualquiera de sus variantes, religiosas o no. A los dieciséis años marchó, dejando un futuro prometedor de archivista en el ayuntamiento de su localidad natal, para ingresar en el seminario diocesano de una comunidad de las Antillas Holandesas en la que se conjugaba el calvinismo más ortodoxo con prácticas cercanas al voo-doo y un éxtasis futbolístico muy difícil de explicar. De esta época de su vida data su célebre ensayo *El doble sentido del Salmo XXXIV*, publicado por la Universidad de La Habana en 1975, donde el joven Vicente, dejándose llevar por los excesos de la retórica y de las desviadas creencias de sus maestros, expone y justifica la carnalidad que el espíritu santo, contra toda lógica, manifestó ocasionalmente hasta el día del bautismo de Cristo en el Jordán, dotando con ello de nuevos y lúbricos significados versos del salmo como “su alabanza está siempre en mi boca”, “guarda tu lengua del mal” o “engrandeced conmigo al Señor”.

Tras su vuelta a la cordura católica y a la España que siempre llevó en el corazón, asumió durante un curso académico un puesto de profesor de Filosofía del XVIII en la Universidad Antonio de Nebrija, y un año más tarde recibió orden sacerdotal de manos de Monseñor Arturo Poveda, Obispo de Huesca, en la primavera de 1978; pero antes de concluir aquel funesto verano durante el cual fue acusado de blasfemia, idolatría y alcoholismo por la parroquia en pleno de Morcat, localidad donde ejerció su efímero ministerio, abandonó su puesto y no se supo más de él hasta la publicación de sus *Conversaciones y Conversiones* (Espasa Calpe, 1980), tres gruesos volúmenes donde se recoge la mayor parte del pensamiento místico de V. Osorio y algunos de sus artículos periodísticos para rotativos neoliberales de Tel Aviv y colaboraciones esporádicas de crítica de cine y teatro.

Seguimos sin conocer su paradero durante casi otro lustro que dedicó plenamente a la adaptación y modernización de algunos clásicos grecolatinos en silvas arromanzadas; destacan por su irreverente sentido del humor y su ácido sarcasmo político *Las Euménides*, *El Asno de Oro* y *Teogonía*. En el resto de los textos que trabajó en este periodo resulta un punto más que difícil reconocer el original adaptado. Se trata de tiradas farragosas de miles de versos en algunos casos sin apenas lógica interna ni conexión alguna con sus obras de referencia, pero que hacen las delicias de ocultistas alucinados y otros buscadores de fortuna, que no dejan de publicar interpretaciones cabalísticas de fabulosas predicciones y monstruosos apocalipsis finiseculares vaticinados por un Vicente Osorio en pleno éxtasis psicotrópico.

Más tarde, en octubre de 1986, una editorial clandestina de El Cairo, Al Jatrat, sacó a la luz un lujoso volumen bilingüe, español-francés, traducido y prologado por el propio Osorio con su producción lírica completa, cultivada desde su infancia y mantenida en secreto hasta esta fecha, no por vergüenza de erudito con veleidades artísticas, sino por megalomanía de iluminado, tal y como refleja la arrogancia con la que en el prólogo (pág. 37) se atreve a decir que “no hay en todas las Américas un solo poeta medio respetable, en Europa conozco a un par de ellos que, aunque técnicamente grandiosos, no merecen llamarse respetables. En esta primera edición de

los poemas de V. Osorio encontramos en la tercera serie de Odas a los seres superiores la por ahora, más que inexplicable, jamás clarificada, inclusión de ocho sonetos amorosos al estilo de Neruda y del poema en verso libre, nunca más vuelto a imprimir entre sus obras, que reproducimos a continuación:

A esa pequeña taquicardia,
esa punción descontrolada,
ese latido como acento
fuera del ritmo de mi verso,
la tensión que me aflige el bajo vientre,
tormentos que me inflige la sotana
y su negra estrechez en las caderas,
¿habré de abandonarme o soportarlos?
Cual demonios iracundos se rebelan,
contaminan como harpías monstruosas
alimento que quisiera comestible,
que me llama y me emponzoña al mismo tiempo:
¡Oh, lamelibranquio molusco, te amo
como amar habría podido, que pensar pudiera tanto!

La controversia, tan largamente dilatada en el tiempo como absurdamente, en nuestra opinión, desmentida y ratificada en toneladas de estudios de la crítica especializada, sobre la autenticidad de este ambiguo poema, no es para nosotros tal, pues la autoría de V. Osorio no ofrece mayores dudas en el caso que nos ocupa, como intentaremos demostrar. Pensando

simplemente en por qué habría Osorio de incluir tan inusual texto entre los suyos en una edición que, para colmo, corría a su cuidado, se desmontan con facilidad argumentos como los que sostienen M. L. Greenwood y sus discípulos de Yale, entre los que destacan por sus conyugalmente paralelas y siempre entusiastas interpretaciones psicológicas, muchas de ellas a ultranza, Charles C. Brook y Jane W. Cowper, que en la mesa redonda celebrada el doce de marzo de 1999 con motivo del XLIII Congreso Internacional de Estudios sobre el Misticismo de Soria defendieron que, no solo taquicardia –como ha acabado por designarse a este poema– es un texto de calidad rematadamente baja, impropio de Osorio, sino que su verdadero autor es un tal Hassan Murad, guía turístico de El Cairo a quien Osorio conoció en unos baños de mala reputación, anécdota que se nos cuenta en *Pelé, El Islam o El Rey Momo: Creencias básicas en las favelas de Río de Janeiro* (Ediciones La Gracia de Dios, Puerto Príncipe 1976).

Los aspectos técnicos del poema refuerzan nuestra opinión con mayores detalles: la acompasada armonía del movimiento climático del texto con la progresión del número de sílabas de cada verso, agrupados en torno a cada uno de los temas que aborda, resulta común en otras obras de nuestro autor: eneasílabos para la introducción, sencilla pero visceral en su descripción del estado físico del que trata, endecasílabos para la etopeya, dodecasílabos (éstos muy del gusto de Osorio) para la conceptualización del mal que le aqueja, más reflexivos y a la vez más musicales que el endecasílabo y, para finalizar con la máxima rotundidad, un último, único y desmesurado, audaz y brillante verso de dieciséis sílabas. Encontramos ejemplos del mismo método creativo en algunas de sus piezas más renombradas, como *Anacreóntica del puro trago*, donde lo sensual del estado etílico se mezcla hábilmente con la melodiosa alternancia de ritmos trocaicos y dactílicos en versos de irregular medida -aunque, curiosamente, siempre de sílabas pares (y hay quien ha querido ver en esto un reflejo de la doble visión de la embriaguez)-, o en el mismísimo *Madrigal a la Virgen de Guadalupe*, de imprescindible estudio y memorización en las escuelas católicas de primaria de todo México. Parece, para zanjar esta cuestión, que esta progresión silábica no podría significar más, dado el contenido del poema, que la erec-

ción del miembro viril, descomunal de tamaño en el caso de Osorio, tal como lo sabemos por el flirteo con el cairota Murad (vid supra), motivo por el cual, angustiado su propietario por las continuas tentaciones que le sobrevenían y por la conciencia de ser un fenómeno de la naturaleza, dota a este antinatural verso postrero de un número de sílabas imposible en nuestra métrica más ortodoxa (cfr. *Manual de versificación española de Rudolf Baehr*), cuyos preceptos observaba, siempre escrupuloso, el poeta.

Toda la crítica destaca, asimismo, entre los usos retóricos de Vicente Osorio muchos de los que encontramos magistralmente desarrollados en este poema, tales como las metonimias “sotana” y “caderas”, la hipálage “negra estrechez” o la interrogación retórica disyuntiva del verso octavo, como punto culminante del desarrollo de una idea irresoluble para un individuo que, tan débil y vulnerable frente a lo carnal como cualquier otro que no hubiese recibido órdenes mayores, no encuentra solución a su lacerante dicotomía (es sabido que, durante su estancia en China, Osorio practicó cierta suerte de meditación zen aderezada con todo tipo de mortificaciones de la carne: ayuno extralimitado, flagelaciones sin cuento, etcétera).

Centrándonos en el plano del contenido, encontramos una fundamental referencia a la mitología griega, a las Harpías (Osorio lo escribe así, con hache, contra la norma ortográfica del español, dejando bien clara su vocación y su cultura clásica): monstruos con cuerpo de ave y cabeza de mujer que hostigaban, ensuciando con sus excrementos la comida y arrebatando todo cuanto ponía delante de sí, al rey tracio Fineo, adivino ciego que, liberado por los Argonautas de su castigo divino, había utilizado inadecuadamente sus dones proféticos con la revelación a los mortales de algunos misterios divinos. Es probable que nuestro autor se tuviera por un iluminado, pese a que sus experiencias místicas sean poco creíbles para muchos, pero la identificación con Fineo no deja lugar a dudas en cuanto que la heterodoxia radical de Osorio encontró firme castigo y oposición cerrada en la jerarquía eclesiástica a la que siempre discutió con vehemencia. ¿Tenía, pues, la convicción de estar padeciendo una venganza sobrenatural, tanto en lo referido a las magníficas cualidades físicas que le abrumaban, como en lo que a sus pensamientos libidinosos se refiera? No queremos

caer en el marasmo de la crítica psicológica, pero el mismo Osorio se refirió reiteradas veces a la ingente cantidad de mujeres exóticas de la que vivió rodeado durante muchos años, tanto en las Antillas, como en Egipto o la China, debido a la magnética y fascinante personalidad que ostentaba. En cualquier caso, la metáfora “lamelibranquio molusco” para referirse, con una claridad que entremezcla lo popular y lo técnico, a la vulva, y no como dice el obtuso profesor Lacainha en *Poesía gastronómica de fin de siglo* (Ediciones Lacruz, Vigo 1999), a las almejas salteadas, plato por el que, efectivamente, sentía Osorio verdadera fascinación, nos hace pensar que el estado de enamoramiento del poeta no es más que pura lujuria desatada en conspicuas y vergonzantes erecciones incontrolables producidas por sólo imaginar el sexo femenino, con el que no tuvo, según él mismo contaba en *Conversaciones y Conversiones*, jamás contacto íntimo alguno en toda su vida, exceptuando la asistencia a partos que en los países del tercer mundo, y por razones de higiénico magisterio, hubo de cumplir.

Reservado para el final de este trabajo, abordaremos a modo de conclusión el comentario del magnífico quiasmo que contiene el último verso: “como amar habría podido, que pensar pudiera tanto”. Muy identificado con Luis de Góngora, por su doble condición de poeta y sacerdote, lo imitó sin pudor y sin reservas en numerosas obras; en cuanto a la extraña estructura de este verso, no se puede decir, desde luego, que rompa con la unidad de estilo de Osorio. El punto más complicado de la exégesis de esta figura es, en nuestra opinión, la falta del acento ortográfico en el “como” con el que comienza, porque para el sentido del texto aclararía más, o simplificaría, considerarlo adverbio exclamativo, con acento ortográfico y prosódico que afectaría al ritmo empobreciéndolo, y no adverbio de modo, como parece ser por la edición original que transcribimos, pero el significado se completa con el verso anterior y querría aproximadamente decir: “te amo de la manera que habría podido amar, si pudiese permitirme pensar tanto en ello”, deshaciéndose así el quiasmo. Si consideramos que el quiasmo existe, la interpretación sería la siguiente: “te amo tanto como habría podido hacerlo, si pudiera pensar en amar”, o bien “te amo de la manera en la que habría podido pensar que lo hacía, si es que resulta posible amar

tanto”; de cualquier modo se manifiesta un complejo juego conceptual en el que el autor nos invita a participar como ejemplo y demostración de sus desvelos e inquietudes espirituales.

Conscientes de habernos dejado en el tintero una miríada de nuevas observaciones, hemos de poner fin a esta apología, a nuestro entender razonablemente bien llevada a cabo, pues en definitiva, nos hallamos ante un texto de un enorme calado filosófico, amplio de matices, reflexivo y profundo, pero a la vez muy humano, sentido y vivido con intensidad tanto por el poeta como por cualquier lector sensible y preparado; que no olvida los aspectos de su forma que pudieran pasar por superficiales sin serlo, que conmueve y estimula, que cautiva con su música e inquieta con sus ideas. Una obra verdaderamente notable, aunque poco conocida, de un autor tan principal como fue Vicente Osorio.

VI CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”
2010

Luz verde

PREMIO DE MICRORRELATO

José María Aguado Cubero

Alumno de la Licenciatura en Derecho y Relaciones Laborales
Universidad Rey Juan Carlos

El ensordecedor ruido de la dupla de motores del Dakota DC 47 “Polly”, quedaba apagado al rodearse de más de un centenar de sus hermanos gemelos. El cielo francés les había recibido con una lluvia fina y viento racheado.

Para J.C. Walker y el resto de miembros de la compañía iba a ser la primera vez que saltaran en semejante situación. Las risas alegres de la instrucción habían dado paso a miradas esquivas, susurros de súplica y una tensión que nadie podía ocultar.

Llevaban meses preparando aquella acción. Primero en Camp Claiborne, Louisiana, después en la zona de Liverpool y desde hacía un mes, en Maidstone, condado de Kent. Su unidad pertenecía a la recién creada 101 División Aerotransportada y su bautismo de fuego llegaría al amanecer del nuevo día. Serían la vanguardia de los ejércitos aliados, y su lucha abriría el camino que otros seguirían.

Walker había tenido la responsabilidad de prepararlos lo mejor posible para el infierno que les atazaría. Duro e inflexible cuando tenía que serlo, pero también accesible y bromista cuando las cosas se habían puesto difíciles, se había convertido en el padre de todos ellos. Y no tenía veinte años.

Una sacudida, y otra, y otra más. La luz roja de lanzamiento se iluminó. Como un solo hombre se levantaron y encararon su destino. Sus caras reflejaban el miedo y la ansiedad del momento.

Luz verde. J.C., como oficial paracaidista, saltó el primero.

Lo que sucedió después, lo vivieron nuestros abuelos.

VI CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”
2010

Corteza cicatrizada

MENCIÓN ESPECIAL CENTRO DE ESTUDIOS HISPÁNICOS

Diana Rosa Mesa

Alumna del Programa de Lengua y Cultura Españolas del
Centro de Estudios Hispánicos
Universidad Nebrija

¿Quién eres para marcarme de por vida? Soy un ser al igual que tú, que no te engañe mi apariencia. ¿Qué te hemos hecho, mi especie y yo para que sin consentimiento alguno claves tus agujas venenosas por mi piel? Desgarras mi orgullo con letras y números. ¡Respétame! No ves que yo también tengo propósito en este mundo. ¿Qué ganas al grabar tu recuerdo en mí? No te importa al saber que mi aliento se desvanece con cada enlace al que tú llamas arte. No finjas al decir que es por amor, si el desprecio dentro de tu alma es el ejemplo a seguir por otros. Ahora que te vas, sólo el viento escucha mis sumisos sollozos y el canto de los pájaros es mi única compañía.